

Presupuestos filosóficos en teoría de la comunicación¹

Lydia Sánchez Gómez, Universitat de Barcelona, Spain

Manuel Campos, Departamento de Lógica, Universitat de Barcelona, Spain

Resumen

Los modelos teóricos en ciencias sociales y humanas se pueden agrupar en dos paradigmas que difieren básicamente en sus presupuestos filosóficos. El punto de vista de la comunicación como transmisión se basa en una concepción realista del conocimiento y de la estructura del mundo; en cambio, los modelos críticos con este se suelen basar en presupuestos filosóficos idealistas o constructivistas asociados a una idea de la realidad como constructo conceptual o lingüístico. Esperamos contribuir, con este texto, al desenmascaramiento y denuncia de presuposiciones filosóficas tan faltas de apoyo racional como las de estos últimos modelos, y a argumentar que se puede dar cuenta, desde el paradigma realista, de algunos fenómenos que van más allá de la idea de comunicación como mera transmisión de la información.

Introducción

Desde un punto de vista realista, una parte fundamental de nuestros actos comunicativos² involucra de forma esencial el intercambio de información sobre el mundo (incluyendo en este nuestros propios estados físicos y mentales) por parte de distintos interlocutores mediante el uso de vehículos de representación. Este intercambio de información tiene una finalidad clara: la modificación de las disposiciones a la conducta y estados mentales de los agentes que participan en el acto comunicativo.

El mencionado punto de vista realista es, por otro lado, el que es presupuesto por la mayor parte de nuestra conducta ordinaria, incluyendo la comunicativa: actuamos asumiendo que estamos enfrentándonos con una realidad estructurada y parcialmente cognoscible, lo que se puede inferir del hecho de que cuando nos equivocamos no decimos que la realidad ha cambiado, o que una nueva realidad ha sido construida, sino que nuestras descripciones de la misma eran erróneas.

Sin embargo, desde la mayoría de las posiciones epistemológicas predominantes en ciencias humanas y sociales, el mencionado punto de vista realista se cuestiona como ingenuo. En el ámbito de la teoría de la comunicación, este cuestionamiento se produce desde modelos que reciben denominaciones como "la perspectiva crítica", "el paradigma alternativo" o "el modelo ritual", y que proclaman luchar por ofrecer una mejor explicación del fenómeno de la comunicación que la que corresponde al sentido común realista.

¹ Este artículo ha sido financiado, en parte, gracias al proyecto FFI2008-06164-C02-02 del *Ministerio de Ciencia e Innovación* español; y en parte gracias a ARCE (*Agrupació de Recerca en Ciències de l'Educació*, Facultat de Formació del Professorat, Universitat de Barcelona).

² Por supuesto que entre los mismos no se incluye la producción de ficción. En este texto soslayamos el tema de la ficción, que consideramos que tiene un carácter secundario, desde el punto de vista teórico, respecto al rol informativo de la comunicación. (Sin que ello quiera decir, naturalmente, que pensamos que un tratamiento realista de la ficción es imposible). No consideramos que esta falta de tratamiento afecte a los argumentos que siguen.

Según el punto de vista 'crítico' representado por estos modelos, los agentes comunicativos no pueden dar cuenta de una realidad objetiva independiente, en contra de lo que la perspectiva realista pretende. La creencia en una realidad existente de forma previa al sujeto, y que puede ser descrita de manera objetiva, constituye el denominado *mito de la objetividad*.

En este trabajo criticamos las tesis que sirven como fundamento a la perspectiva crítica argumentado que, o bien estas tesis tienen una lectura trivial, perfectamente aceptable desde un punto de vista realista, o son afirmaciones poco plausibles basadas en presupuestos idealistas. Creemos, en resumen, que las teorías de la comunicación pueden enmarcarse dentro de dos modelos filosóficos generales radicalmente diferentes (el realista y el idealista), y defendemos que el punto de vista realista ofrece una mejor explicación de la variedad de fenómenos que se inscriben bajo la etiqueta "comunicación".

La polémica entre la tradición empirista y el paradigma crítico

Empecemos con un breve apunte histórico. Los primeros teóricos de la comunicación de masas iniciaron sus investigaciones dentro de la corriente positivista (también conocida como *empirista*) de pensamiento, constituyendo lo que en la literatura se conoce como *el paradigma dominante*. Pensaban que la sociología, dentro de la cual ubicaban sus estudios sobre los medios de comunicación, es una ciencia empírica en la que se pueden formular leyes y llevar a cabo investigaciones empíricas y cuantitativas como en las otras ciencias. El desarrollo posterior de los estudios de teoría de la comunicación se ha basado, en gran parte, en la formulación de un conjunto de propuestas alternativas al modelo empirista del paradigma dominante. En la actualidad, la teoría de la comunicación se caracteriza por agrupar una gran variedad de propuestas teóricas³, la mayoría de ellas críticas con este modelo empirista.

Craig (1999) mantiene que esta diversidad teórica obedece, más que a diferencias epistemológicas, a diferentes concepciones de la comunicación, todas ellas aceptables, puesto que responden a diferentes aspectos de un fenómeno complejo. No cabe duda de que "comunicación" es un término que abarca una variedad de fenómenos que podrían no compartir necesariamente ningún conjunto mínimo de características. Cada uno de estos fenómenos puede ser objeto de estudio desde diferentes perspectivas. A diferencia de Craig, creemos, sin embargo, que los modelos teóricos sobre los fenómenos comunicativos se pueden clasificar en dos grandes paradigmas teóricos claramente enfrentados en sus presupuestos filosóficos (ontológicos y epistemológicos) centrales: la mencionada perspectiva crítica y la científico-

³ Robert Craig (1999), por ejemplo, distingue siete tradiciones teóricas distintas dentro de la investigación en comunicación: la tradición retórica, semiótica, fenomenológica, cibernética, socio-psicológica, sociocultural y crítica. Anderson (1996), por su parte, identifica 249 teorías de la comunicación.

empírica, también diversificada en distintas variantes (básicamente la original empirista, mencionada más arriba, y la realista, que presentaremos más adelante). En este punto estamos de acuerdo con autores como Radford (2005) que, por ejemplo, contrapone el *modelo de la transmisión* al *modelo de la conversación*, o Carey (1975) y Van Zoonen (1994) que, por su parte, nos hablan del *punto de vista de la transmisión* y del *punto de vista ritual*. Estas distinciones se corresponden, *grosso modo*, a la distinción entre paradigmas que hemos propuesto.

El debate sobre los presupuestos epistemológicos y ontológicos de la disciplina ha estado presente en el ámbito de la comunicación desde sus inicios. Theodor Adorno, por ejemplo, rechazó colaborar con Paul Lazarsfeld en un proyecto de investigación sobre los efectos culturales de los programas musicales de radio porque, según Adorno, el método empírico-cuantitativo utilizado por Lazarsfeld (y propio del paradigma dominante) pretendía medir algo que no susceptible de ser medido, a saber: la cultura. Para Adorno, las encuestas y entrevistas utilizadas para analizar los posibles efectos de estos programas no pueden explicar la relación entre medios y audiencias. La discrepancia entre ambos investigadores era, por tanto, de presupuestos filosóficos básicos.

En la actualidad, tesis sobre qué es el conocimiento y qué se puede conocer también vertebran la mayor parte de la reflexión teórica sobre comunicación. Así, la mayoría de teorías dentro de la perspectiva crítica ponen en duda tesis tales como la posibilidad del conocimiento objetivo y contrastable, el uso del método científico en las ciencias sociales, la pretensión de hacer de la comunicación una ciencia social empírica, la idea de comunicación como transmisión de información, la función de representación de la realidad de los medios de comunicación, la existencia de una realidad estructurada e independiente del sujeto, etc.

Hemos dicho que los teóricos del paradigma dominante eran empiristas y que las teorías críticas se oponen a este paradigma en varios frentes, siendo las cuestiones epistemológicas y ontológicas fundamentales. Debemos precisar, sin embargo que, como dice Pavitt (1999), el empirismo no es la única alternativa posible a las posiciones críticas.⁴ En general, existe una tendencia generalizada y poco fundamentada a tachar de "empiristas" o "positivistas" a los autores que mantienen tesis 'procientifistas'; es decir, que mantienen una actitud positiva respecto a la actividad científica empírica como fuente básica de conocimiento sobre el mundo. Esta identificación no es sólo un error histórico, sino también filosófico. Es un error histórico porque el positivismo es una corriente filosófica entre otras muchas procientifistas como, por ejemplo, el pragmatismo, o el mencionado realismo. Y es un error filosófico, porque la oposición entre positivismo, en tanto que procientifista, y la perspectiva crítica, es sólo una de las muchas que se pueden establecer por lo que respecta a dicha corriente empirista.

⁴ De hecho, el empirismo comparte con las posiciones críticas ciertos postulados idealistas como, por ejemplo, que cierta parte de la realidad, la que no es directamente observable, no es cognoscible.

Así, por ejemplo, podemos distinguir un sentido de "empirismo" que opone esta corriente filosófica al racionalismo. Para el racionalismo, el conocimiento se basa en verdades de razón, mientras que en el caso del empirismo, la base del conocimiento sería la experiencia. Por otro lado, realismo y empirismo se oponen en su actitud ante los conceptos teóricos de las ciencias. Los positivistas creen que no podemos comprometernos con la existencia de referentes para los mismos, mientras que el realismo mantiene que justamente ese compromiso es la actitud racional.

No vamos a entrar aquí en una descripción detallada del empirismo como posición filosófica. Se trata, además, de una corriente de pensamiento que ha perdido mucha fuerza argumental (especialmente ante el resurgimiento del realismo en la segunda mitad del siglo XX), y mucha popularidad (ante el auge de teorías de raíz idealista en el ámbito de las ciencias humanas y sociales). Lo que nos interesa aquí es subrayar aquellas tesis del empirismo que pueden integrarse en una alternativa mejor a la representada por las posiciones críticas⁵. De entre estas tesis destacan, su actitud positiva ante la ciencia empírica y la posibilidad de conocimiento, la idea de que las ciencias sociales también son susceptibles de usar el método científico, y de que la conducta humana y la realidad social pueden ser descritas, al menos parcialmente, en términos de leyes⁶, y la convicción de que es la realidad la que da el visto bueno a nuestras teorías, aceptando el proviso de que los resultados de la ciencia empírica son siempre revisables y que, por tanto, en este tipo de conocimiento, la certeza absoluta no es posible⁷.

Son conocidos los problemas a los que se enfrenta el paradigma dominante positivista en teoría de la comunicación. Algunas de estas dificultades se derivan de los presupuestos del empirismo como corriente filosófica. Otros, son problemas propios de teorías de la comunicación concretas que se han desarrollado bajo el paraguas empirista. Así, por ejemplo, en el seno de este paradigma, se ha propuesto un modelo lineal de la comunicación en el que no se tiene en cuenta el papel activo del receptor⁸. Tampoco se ha prestado la atención suficiente a los elementos contextuales que intervienen en los procesos comunicativos. A veces se ha partido de nociones de *significado*, *mensaje* y *contenido* muy simples, sin considerar, por ejemplo, el conocimiento implícito que emisor y receptor necesitan compartir para que la

⁵ Y no, precisamente, las que resultan más universalmente cuestionadas, especialmente desde una perspectiva realista o pragmatista, tales como la idea de una base irrevisable de evidencia empírica sobre la que se supone que se fundamenta la ciencia, la de la no contaminación de esta base por parte de presupuestos teóricos o factores sociohistóricos, la del carácter neutral y objetivo de la ciencia, o la epistemología fundamentista según la cual son las hipótesis, tomadas individualmente, las que reciben apoyo (o son refutadas) por parte de la evidencia empírica.

⁶ No estamos hablando, naturalmente, de leyes no interferibles. Las leyes, en ciencias sociales, están sometidas a un gran número de variables que pueden interferir en las mismas. A pesar de ello, hay autores que defienden la existencia de generalizaciones que explican la conducta humana. Hempel (mencionado en Salmon (1992)), por ejemplo, pensaba que las acciones humanas son como el resto de los fenómenos naturales, explicables en términos de leyes y que el objetivo de las ciencias sociales es, precisamente, descubrirlas.

⁷ En el sentido cartesiano del término "certeza". Es decir, como verdad irrevisable. La ciencia contemporánea se aleja de esta certeza como criterio del conocimiento. Ver, por ejemplo, Sánchez y Campos (2009).

⁸ Las teorías de la comunicación de masas se han basado, tradicionalmente, en un modelo lineal de la comunicación. El uso de las nuevas tecnologías ha hecho variar sustancialmente este modelo. Así, las teorías más actuales enfatizan el papel activo de las audiencias y el nuevo uso que hacen de los media. Este enfoque se aleja claramente del usual, que otorgaba a los media un poder casi absoluto de influencia sobre las audiencias.

transmisión de información sea exitosa. En ocasiones, también se ha partido de una concepción de las consecuencias en la audiencia, y de la conducta de la misma, derivada de presupuestos conductistas y centrada en los efectos de los medios a corto plazo, que la psicología cognitiva actual ha mostrado deficiente. También nos encontramos con una falta de consideración del aspecto cultural y social de la comunicación, o de los presupuestos ideológicos que afectan a los medios de comunicación. Las teorías críticas han puesto de relieve, naturalmente, muchas de estas deficiencias del paradigma dominante.

Sin embargo, y tal y como defienden Donsbach (2006), McQuail (2002) o Pavitt (1999), muchos de los componentes del modelo empirista propio del paradigma dominante siguen estando vigentes en la investigación contemporánea sobre comunicación. Por ejemplo, son muchas las investigaciones relacionadas con los *media* que requieren de una metodología empírica. Como hemos dicho, esto debe entenderse no como parte de una defensa del empirismo en sí mismo, sino como evidencia a favor de la idea de que la teoría de la comunicación es una ciencia social empírica. Esta es una diferencia clave entre los dos grandes paradigmas mencionados anteriormente: el cientifista y el idealista.

La opción realista

Una de las características de las corrientes que se incluyen en el paradigma crítico es la falta de cuidado en sus razonamientos, y uno de los lugares en que esto se muestra con abrumadora frecuencia es en la caracterización del paradigma opuesto, el procientifista. Para la mayor parte de autores 'críticos' el enemigo sigue siendo el positivismo, una corriente de pensamiento que exageraríamos al decir que se encuentra en sus horas bajas⁹. En la mayoría de ocasiones la perspectiva crítica hace una caricatura del paradigma procientifista identificándolo con un *modelo objetivista* que hoy en día casi nadie defiende y que debería calificarse más bien como un modelo platónico. Básicamente, según este modelo hay un mundo aparte del sensible, poblado por entidades objetivas, universales e inmutables, que son conocidas de manera infalible a través de la razón.

El realismo contemporáneo, sin embargo, tiene una orientación mucho más aristotélica y empírica, que platónica o racionalista, concibiendo la realidad como única (monismo), estructurada en términos de leyes naturales que ligan universales a través de relaciones de necesidad y de propensión. Esta estructura es independiente del sujeto y cognoscible sobre la base de la observación a través de la conjeturación de hipótesis, que nunca alcanzan el estatus de tesis irrevisables (*verdades absolutas*, en la jerga filosófica al

⁹ Naturalmente, no hay enemigo más deseado que uno hecho a medida.

uso), por mucha evidencia empírica a su favor que hayamos podido obtener. Estas son, además, las presuposiciones de la mayor parte de la actividad científica.

La alternativa real y sensata al empirismo positivista es este realismo de orientación aristotélica, el llamado *realismo científico*, que encuentra su representación entre muchos teóricos de la comunicación contemporáneos. Donsbach (2006), por ejemplo, defiende que cuando se hace investigación en comunicación se pretende, como en toda ciencia empírica, buscar leyes que describan y expliquen la conducta humana, usando el método científico, contrastando sus hipótesis con la realidad, y aspirando a adquirir un conocimiento compartido y aceptado intersubjetivamente. Del mismo modo, Berger y Caffee (1987) mantienen que la ciencia de la comunicación pretende buscar generalizaciones que expliquen los fenómenos asociados con la producción, procesamiento y efectos de los sistemas de símbolos y signos que usamos en los distintos contextos comunicativos. Por su parte, Pavitt (1999) dice que el realismo en teoría de la comunicación implica mantener tesis como la realidad de los conceptos (universales) teóricos, o la naturaleza causal de las explicaciones científicas.

Ahora bien, las llamadas *teorías críticas* no lo son únicamente con el realismo platónico, sino también con el realismo científico que intentamos defender en este trabajo. Y no precisamente porque suelen distinguirlo de forma precisa de otras propuestas procientifistas, sino por sus presupuestos filosóficos. Si bien es verdad que, contrariamente a lo que sucede con el realismo platónico, el realismo científico no pretende la certeza de sus conclusiones, lo cierto es que sus presupuestos básicos siguen incluyendo la existencia de una realidad objetiva independiente del sujeto y cognoscible (parcialmente al menos) a través de un método científico que nos permite formular generalizaciones contrastables. Desde esta posición, la comunicación se entiende como un proceso que suele involucrar la transmisión de información sobre la realidad¹⁰, y en el que se atribuye a los medios de comunicación, en parte, una función de representación de la misma. Por tanto, aunque la posición realista contemporánea en teoría de la comunicación integra tendencias y temáticas que no eran contempladas por las teorías empíricas del paradigma dominante, lo cierto es que sigue habiendo una dicotomía entre aquellas teorías que buscan explicar la comunicación en términos de generalizaciones contrastables empíricamente y aquellas que no. Es decir, sigue habiendo una dicotomía entre el paradigma procientifista y el paradigma crítico.

Así pues, el paradigma crítico pone en duda los presupuestos filosóficos fundamentales del realismo contemporáneo. Carey, Lisbet Van Zoonen, o Radford, son autores que creen que el modelo de transmisión de información es incorrecto para pensar en el fenómeno de la comunicación, y abogan por un modelo alternativo basado en fundamentos epistemológicos distintos. Más en concreto, van Zoonen

¹⁰ No pretendemos reducir la comunicación a la función de transmisión de información. La comunicación también sirve para socializar, entretener, etc. Y, desde luego, la ficción no tiene una pretensión directamente informativa. Tan sólo mantenemos que la posición realista en teoría de la comunicación parte de unos supuestos epistemológicos y ontológicos mejores que aquellos que conforman el paradigma idealista.

creo que la diferencia más importante entre ambos modelos radica en cómo se entiende el concepto de "realidad". En sintonía con esta afirmación, Radford sostiene que el modelo de transmisión de información parte de un supuesto erróneo, a saber que la realidad es independiente del lenguaje. En las secciones que siguen trataremos con más detalle estas afirmaciones, así como su naturaleza eminentemente idealista. Por ahora nos basta con constatar que la diferencia entre ambos modelos es, como venimos argumentando, de fundamentos filosóficos¹¹.

Tesis idealistas del paradigma crítico

Desde nuestro punto de vista, las teorías que se pueden inscribir dentro del paradigma crítico¹² se fundamentan en supuestos idealistas que podemos clasificar en diferentes grupos. Estas tesis están estrechamente relacionadas entre sí, hasta el punto de configurar, como decíamos, un modelo de conocimiento opuesto al realista. A continuación presentamos las tesis idealistas que creemos más relevantes, así como una réplica realista a las mismas.

Certeza y conocimiento

La perspectiva crítica centra sus ataques al modelo realista¹³ en dos características básicas. En primer lugar, en una afirmación ontológica: existe una realidad ordenada, que no depende ontológicamente del sujeto. En segundo lugar, una afirmación epistemológica: tenemos la posibilidad de conocer esta realidad. Ambas afirmaciones son presupuestas por la ciencia empírica y por el conocimiento ordinario, de sentido común, sobre el mundo.

La afirmación ontológica tiene una contrapartida aristotélica que hemos expuesto en la sección previa, que difiere del punto de vista platónico en que no se compromete con la existencia de dos formas de realidad diferentes (la material y la ideal). Por otro lado, y como también hemos enfatizado ya, la existencia de una realidad independiente del sujeto, estructurada y cognoscible, es una asunción de la mayor parte de la

¹¹ Otra de las críticas importantes al realismo científico desde algunas teorías críticas hace referencia a las implicaciones éticas y políticas que se derivan de esta posición. Uno de los ejemplos más claros se puede encontrar en los representantes de la Escuela de Frankfurt. Para estos autores, la pretensión de formular leyes de la conducta humana no constituye sólo un error teórico, sino también una inmoralidad, ya que implica la negación de la libertad humana y, con ello, la negación de la posibilidad de cambio en la sociedad. Es decir, el realismo científico presupondría una concepción de la ciencia y del conocimiento con implicaciones éticas y morales no deseables. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, el realismo científico también puede asumir esta crítica. Evidentemente, la ciencia no es moralmente neutra. Pero esto no impide afirmar que las ciencias sociales, al igual que el resto de las ciencias, tienen como objetivo el conocimiento de la realidad, conocimiento que facilita precisamente el cambio social.

¹² Dentro del paradigma crítico se suelen incluir: la tradición hermenéutica, la teoría crítica, la teoría sociocultural, la semiótica, el perspectivismo, el constructivismo, etc.

¹³ Para una buena exposición de estas dos perspectivas, y una crítica general al constructivismo, véase Boghossian (2006). Ver también Sánchez y Campos (2009).

ciencia empírica y, de hecho, del conocimiento común sobre el mundo. Si aceptamos la metodología similar a la del *equilibrio reflexivo*, propuesta por Rawls (1971), la revisión de estos presupuestos supondría la existencia de razones imperativas, de carácter empírico o a priori, que no creemos que el idealismo haya sido capaz de producir.

De hecho, el gran argumento en favor del idealismo¹⁴, caricaturizado como *la joya* por David Stove (1993), viene a afirmar que no podemos conocer una supuesta realidad independiente del sujeto, puesto que el conocimiento es siempre mediado por el repertorio conceptual de dicho sujeto. No hace falta decir que el argumento no se sigue, como lo demuestra la existencia de modelos coherentes en los que una realidad independiente del sujeto es precisamente conocida a través del uso de un repertorio conceptual concreto (tales como los modelos conocidos como *representacionistas*). En estos modelos, naturalmente, no son los conceptos lo que constituye el objeto de conocimiento, sino que estos son el vehículo de representación de la realidad. Así, por ejemplo, personas pertenecientes a diferentes culturas pueden observar el mismo objeto e interpretarlo de modo distinto: digamos como madera para quemar o como palillos para comer¹⁵. Que dichas personas deriven distintas conclusiones de sus observaciones no implica que estas observaciones no sean sobre los mismos objetos, ni siquiera que alguna de estas personas tenga que estar equivocada. En la siguiente sección veremos una ejemplificación contemporánea de este argumento que enfatiza el papel del lenguaje como responsable de nuestro repertorio conceptual.

En cuanto a la afirmación epistemológica arriba mencionada, aunque la búsqueda de la certeza haya sido indudablemente el santo grial de la filosofía durante mucho tiempo, hoy sabemos que la certeza, en sentido cartesiano, no es posible. Principalmente porque nuestra fuente básica (y, posiblemente, única) de conocimiento, es decir, la comprensión empírica del mundo es, por su metodología, sólo capaz de producir conjeturas con mayor o menor apoyo empírico, pero nunca verdades definitivas. La aceptación de la certeza como condición del conocimiento lleva directamente a la negación de la posibilidad del mismo, una postura demasiado inverosímil como para ser tomada seriamente hoy en día (incluso aunque haya sido tomada en serio durante tantos siglos de epistemología fallida). En este sentido conviene enfatizar que los modelos representacionistas aludidos en el párrafo anterior aceptan el carácter falible de nuestras representaciones de la realidad, así como su falta de neutralidad u objetividad, lo que no impide que posibiliten nuestro conocimiento de la misma: podemos errar en nuestro intento de representar el mundo, pero no estamos condicionados a hacerlo necesariamente, y cuando acertamos, conocemos. Si, además, tenemos en cuenta los presupuestos evolucionistas que suelen fundamentar estos modelos, el conjunto

¹⁴ Existen otros argumentos a favor del idealismo de carácter fenomenológico, como los que remiten a las alucinaciones y las ilusiones de los empiristas clásicos, que no suelen ser utilizados en la literatura 'crítica' que estamos evaluando.

¹⁵ Agradecemos a nuestra alumna Mariana Font Geninazzi el ejemplo, que creemos que permite ilustrar con mucha claridad la intuición constructivista.

ofrece una coherencia con los resultados de las ciencias empíricas que sitúa las propuestas idealistas donde realmente han de estar: como entretenimientos perversos para filósofos ociosos.

La construcción de la realidad

Un grupo de tesis mantenidas por los críticos del modelo realista tiene que ver con la naturaleza del lenguaje y, más concretamente, con el concepto de interpretación. Desde la posición idealista que mantienen algunas teorías críticas, es nuestro acuerdo como hablantes sobre la interpretación del lenguaje lo que permite que nos entendamos, y más allá de esto, lo que determina cuáles son los hechos que constituyen la realidad.

Según esta perspectiva no hay comunicación sin interpretación. Los hablantes *interpretan* la realidad y la presentan a través de oraciones. Para interpretar la realidad, el hablante usa su teoría o concepción del mundo, una concepción que comparte, de manera sustancial, con sus coetáneos. El hablante organiza su flujo subjetivo de impresiones bajo conceptos que ha aprendido de los demás. Esto permite el desarrollo de un discurso sobre los hechos: la comunidad acuerda que hay una realidad que podemos conocer. Pero no debemos suponer que los conceptos mencionados se refieran a entidades en el mundo, y que estos hechos tengan una existencia más allá del acuerdo sobre el que están contruidos. La realidad es, por tanto, el resultado de un acuerdo intersubjetivo, una *construcción*. La comunicación consiste en el acto de asociar experiencias particulares a través de preferencias con el objetivo de establecer acuerdos intersubjetivos y convenciones sobre una construcción que llamamos *realidad*. Este aspecto constructivo de la realidad se muestra, según los defensores de este punto de vista, cuando alguien cuestiona el acuerdo sobre el que se basa: los hechos pueden ser cuestionados y rechazados. Que se dé un hecho es equivalente a la falta de controversia sobre el mismo; al acuerdo no cuestionado.

En un texto citado por Sokal and Brickmont (1999), Gérard Fourez describe esta idea constructivista de la realidad y la ilustra explicando que durante un tiempo se consideró un hecho que el Sol orbitaba la tierra. Este hecho, dice Fourez, fue luego substituido por otro: la rotación diaria de la Tierra. Esta manera de expresarse de Fourez pone de manifiesto la ambigüedad con la que constructivistas (y relativistas) suelen formular sus tesis. Se puede interpretar que lo que dice Fourez es que durante un tiempo se consideró un hecho que el Sol orbitaba la Tierra, y que luego se consideró un hecho que la Tierra rotaba diariamente, sin compromiso por parte de Fourez sobre si, aparte de si se consideraban hechos, lo eran realmente. Según esta lectura, lo que Fourez está diciendo (de nuevo, que durante un tiempo se consideró un hecho que el Sol orbitaba la Tierra, y que luego se pasó a considerar un hecho que la Tierra rotaba diariamente) sería una trivialidad sin interés epistemológico alguno.

Pero existe otra lectura del texto de Fourez, más fuerte, que nos diría que son los hechos 'reales' (no nuestras consideraciones sobre los mismos) los que han substituido el uno al otro. Esta lectura sería trivialmente falsa. Del hecho de que por un tiempo se mantuviera la creencia de que el Sol orbitaba la Tierra y que después esta creencia fuera substituida por la idea de que la Tierra orbita el Sol, no se concluye, naturalmente, que un hecho substituyó al otro. Lo que ocurrió, desde luego, es que durante un tiempo la gente creyó que era un hecho que el Sol orbitaba la Tierra, y luego se dieron cuenta de que este no era, al fin y al cabo, un hecho. Lo que Fourez debería realmente concluir es que la gente cambió de idea, no que el mundo cambió sus constituyentes. Considerar que el mundo es de una manera y no de otra es una cuestión epistemológica que tiene que ver con nuestras creencias sobre el mismo. Pero nuestras creencias, generalmente, no determinan cómo es el mundo. De nuevo la fea cara del idealismo se muestra como presupuesto del punto de vista crítico.

El paradigma crítico en teoría de la comunicación mantiene justamente que la fundamentación epistemológica del paradigma dominante (y, más allá de este, de toda teoría de la comunicación de orientación realista) es incorrecta porque se basa en un concepto de la realidad erróneo. En la sección anterior mencionamos las críticas a este concepto por parte de autores como Carey, Lisbet van Zoonen y Radford. Estas críticas muestran claramente su sesgo idealista. Así, van Zoonen dice que en el modelo de comunicación como transmisión de información (idea central del paradigma dominante), la realidad es vista como un conjunto de objetos, eventos, situaciones y procesos que existen independientemente de la percepción humana, y que podemos medir, representar y conocer correctamente. Esta concepción de la realidad y del conocimiento propia del realismo sería errónea porque ignora que la realidad es producto de una construcción social.

Para estos autores, la realidad es producto del lenguaje. Este no se concibe como un medio para reflejar la realidad, sino como un medio que la construye. Lo mismo sucede, claro está, con las teorías que formulamos usando el lenguaje. Radford argumenta que el modelo de transmisión es una metáfora entre muchas otras posibles. No se trata de un discurso que describe una realidad separada, sino de un lenguaje que constituye esa realidad. No se trata de que exista un fenómeno, la comunicación, y un lenguaje con el que lo describimos, sino que la idea de una realidad separada del lenguaje es, en sí misma, una creación lingüística. Creemos que vivimos en un mundo real porque el lenguaje permite adoptar este punto de vista, y no al revés (Radford, 2005:177).

Llegué a entender que no hay tal cosa como un "mundo en sí mismo" que resida más allá del lenguaje. La idea de "mundo en sí mismo" es ella misma una creación lingüística. "El mundo en sí mismo", o "el mundo real", o "la realidad" son todas partes de un lenguaje que expresa un punto de vista particular. Del mismo modo, no hay tal cosa como "la comunicación", que resida más allá del lenguaje del modelo de la

transmisión. Independientemente del lenguaje que utilicemos para hablar sobre comunicación, nunca conseguiremos ver otra cosa que un cada vez más ampliado aspecto del sujeto... Creemos que vivimos en un "mundo real" porque nuestro lenguaje es, no tanto una herramienta que cogemos y usamos para conseguir nuestro objetivo individual, sino más bien como un entorno que modela nuestras conductas colectivas a través de patrones de conversación genuina similares a los de los juegos.

Este punto de vista lleva a conclusiones tan peculiares como las siguientes. Cuando era una idea general compartida por todos que la Tierra era plana, la Tierra era plana, puesto que la realidad viene determinada por nuestras creencias, por nuestro lenguaje. O bien: los descubrimientos científicos de entidades no observables deben ser concebidos como creaciones de esas entidades (Latour, 1999), puesto que es el lenguaje el que crea la realidad.

El concepto de verdad

Muy relacionado con el tema de la existencia de hechos independientes y de la interpretación que acabamos de comentar está, naturalmente, el tema de la verdad. La concepción ordinaria de la verdad toma el lenguaje como un instrumento cuya función principal es describir la realidad, la cual está constituida por hechos (podríamos decir siguiendo el *Tractatus* (Wittgenstein, 1987)). La verdad es la correspondencia con la realidad. Como en el caso de los principios fundamentales del realismo mismo, este punto de vista sobre la verdad se presupone en la mayor parte de nuestro comportamiento ordinario así como en la ciencia empírica. Es tan central a esta parte sustancial de la actividad humana que una propuesta de revisión de la misma debería estar, como hemos dicho anteriormente, fuertemente motivada. Esta revisión es justamente lo que los autores que pertenecen a lo que hemos llamado *la perspectiva crítica* proponen.

Desde luego, si la realidad se compone de hechos contruidos, la idea de correspondencia pierde toda su fuerza. Las consecuencias derivadas de esto a nivel práctico pueden llegar a ser preocupantes. De nuevo, Sokal y Brickmont (1999: 108) narran una situación real en la que un antropólogo es entrevistado para que de su opinión ante una polémica entre un juez y un policía. Ambos discrepan sobre si el policía ha enviado un expediente relacionado con un crimen (el policía dice que lo había enviado y la juez que no lo había recibido). El antropólogo explica que, desde el punto de vista de su disciplina, solo hay verdades "parciales", compartidas por un número de personas (un grupo, una familia, una institución). Y que por tanto, en este caso particular, ni el juez ni el agente esconden nada. Ambos dicen 'su' verdad.

Sokal y Brickmont afirman que la respuesta del antropólogo es incorrecta por dos motivos. En primer lugar, el hecho de que sea difícil averiguar qué sucedió con el expediente no impide que *exista* una verdad

sobre el asunto: una de dos, o se envió el expediente o no se envió. No se gana nada desde el punto de vista teórico redefiniendo el término "verdad" como creencia compartida por un número de personas. En segundo lugar, el hecho de que dos personas tengan creencias distintas sobre el mundo no impide la comunicación entre ellos. En el ejemplo, los dos interlocutores entienden perfectamente de qué están hablando y, probablemente, saben la verdad de lo que sucedió. Incluso en la hipótesis de que ambos dijeran la verdad –es decir, que el expediente se hubiera perdido por el camino– carece de sentido afirmar que "ambos dicen su verdad". De hecho, cuando se llega a las consecuencias prácticas, el antropólogo admite que la comisión "no puede proceder de otro modo" que no sea buscando la verdad.

Por tanto, lo que sería más razonable y más acorde con el sentido común concluir en el caso presentado es que cada uno de los interlocutores presenta su opinión (o lo que a ellos les gustaría que fuese visto como su opinión). Las opiniones o creencias pueden ser verdaderas o falsas dependiendo de si su contenido corresponde a hechos en el mundo. Pero la verdad o falsedad de las mismas es independiente de que un número de personas compartan una cierta creencia sobre la realidad. El ejemplo del antropólogo muestra la básica confusión idealista que hemos comentado hace unos párrafos entre lo que la gente piensa y lo que es.

El uso no referencial del lenguaje

La perspectiva crítica enfatiza el papel del *sentido*¹⁶ en nuestro uso del lenguaje, por encima de la función referencial privilegiada por el punto de vista realista. De hecho debemos distinguir entre por lo menos tres niveles de significado para cada acto de habla. Por un lado, tenemos lo que bajo el punto de vista realista, constituiría la referencia de lo que decimos: los hechos posibles de los que estamos hablando. Además, encontramos lo que podríamos llamar el significado de diccionario ('oficial'): convencional y fijado fuera del contexto concreto del acto de habla. Finalmente, está el sentido construido por los participantes en el acto. Según la perspectiva crítica, cuando el receptor descodifica el mensaje en un acto comunicativo colabora en la creación del sentido final, dado que aplica sus propias creencias, hábitos, expectativas, intenciones, etc. en el proceso de descodificación y comprensión del mensaje. Por tanto, como depende tanto del contexto, el sentido difiere inevitablemente del significado oficial. Y es este *sentido* el que es importante, aquello que se genera en el acto de comunicación mismo.

Ahora bien, es evidente que los comunicadores interpretan los mensajes, participando activamente en el proceso de descodificación de los mismos, en el que siempre intervienen elementos contextuales (la

¹⁶ Frege introduce, en "Sobre sentido y referencia", una noción de *sentido* distinta de la predominante en el ámbito constructivista. Para este autor, los sentidos son compartidos, y constituyen lo que ahora denominaríamos *significado*. Como vamos a ver, en el seno del paradigma crítico se maneja una noción de sentido mucho más abierta.

cultura, ideología, actitudes, sentimientos), que varían de receptor en receptor. Todos poseemos una visión del mundo, es decir, un conjunto de creencias interconectadas sobre la realidad que nos hace interpretarla de una determinada manera, y que difiere de sujeto en sujeto, o de cultura en cultura, o de comunidad en comunidad, etc. Quine se refiere a ello como "la red de creencias" (Quine y Ullian, 1970). Cuando adquirimos (o abandonamos) una creencia, el conjunto se ve alterado, nuestra visión del mundo cambia (aunque sólo sea ligeramente), y esto nos lleva a interpretar las cosas de otra manera.¹⁷ Las personas con diferentes bagajes culturales tienen diferentes puntos de vista sobre la realidad, y por tanto, interpretan los hechos de formas distintas.

Pero, ¿qué implicaciones idealistas se habrían de derivar de todo esto? ¿Hemos de concluir necesariamente que la realidad es una construcción social? ¿No hay ninguna explicación, desde una perspectiva realista, de lo que sucede en los procesos de interpretación de los mensajes? Creemos que la cuestión no tiene ningún misterio: la gente con diferentes bagajes culturales, que por lo tanto tiene diferentes visiones de la realidad, generan creencias distintas ante las mismas situaciones. Pero esto no quiere decir que los hechos cambien en consonancia con las creencias, o que los hechos sean construcciones del sujeto. Ni tampoco significa que no haya un uso referencial del lenguaje, cuya función principal sea la de describir la realidad y sus constituyentes. No importa cuánto alguien insista en interpretar, según su visión del mundo, que en el ataque del 11M en Madrid intervino ETA, el hecho es que o bien intervino o bien no lo hizo, pero no puede haber intervenido y no haberlo hecho a la vez. Otro asunto distinto es si alguna vez llegaremos a saberlo.

Como hemos dicho, uno de los presupuestos básicos del realismo en general y del modelo de la transmisión en particular, es que la realidad está formada por un conjunto de objetos, eventos, situaciones y procesos que existen independientemente del sujeto, y que podemos medir, representar, describir, y conocer. En consecuencia, se evalúa, en parte, la actuación de los medios de comunicación según su capacidad de representar la realidad de forma verdadera. Los críticos, en cambio, mantienen que el punto de vista realista que subyace al modelo de transmisión y a la visión de los *media* que se deriva de ella son equívocos. La realidad debe entenderse como una construcción social en la que la función principal asociada a los *media* no es la de representación o descripción.

Así, Van Zoonen atribuye a los *media* una *función bárdica*, según la cual éstos realizan en las sociedades actuales la misma función que antes ejercían los mitos, a saber, "producir y reproducir memorias colectivas, deseos, esperanzas, miedos" (van Zoonen en McQuail 2002: 54). Los medios no describen por tanto la realidad, sino que presentan los contenidos de un mito. Los medios no describen eventos, sino

¹⁷ Véase, en relación a este tema, la noción de enciclopedia tal como la presenta Umberto Eco (1990).

que los cuentan, usando además narrativas que se parecen mucho a las propias de los relatos míticos. Presentando los nuevos mitos, los media contribuyen a la construcción y mantenimiento de la comunidad haciéndonos partícipes de una *realidad simbólica* que, según Carey, no opera con la finalidad de transmitir información (describir el mundo), sino con la finalidad de crear y mantener una comunidad. De este modo, se enfatiza la función socializadora de la comunicación¹⁸.

Por otro lado, cuando los medios nos transmiten información sobre el mundo, lo hacen guiados por sus propios intereses económicos, ideológicos, institucionales, etc. El flujo informativo es necesariamente seleccionado según una gran variedad de criterios y motivaciones. La información transmitida no es neutra, y la realidad representada es, en el mejor de los casos, seleccionada y narrada (y, naturalmente, en el peor de los casos, falseada). Como dice McQuail (2000: 120), los medios no *reflejan* la realidad:

... las instituciones mediáticas... suministran a sus audiencias información, imágenes, relatos e impresiones, a veces para sus propios fines y según su propia lógica, y otras, conforme a las directrices de distintas instituciones sociales. Es muy poco probable que la mediación llegue a ser alguna vez un proceso absolutamente neutral: siempre presentará cierta tendenciosidad. Ésta reflejará sobre todo las distintas capacidades, en una sociedad, para acceder a los medios de comunicación, así como la influencia de la "lógica mediática" en la constitución de la realidad.

Diferentes teorías de la comunicación, dentro incluso del paradigma realista, han dado cuenta de este aspecto fundamental de los procesos comunicativos mediados. Walter Lippman (1992) puso de relieve el hecho de que las noticias de prensa no pueden ofrecer una descripción absolutamente objetiva de la realidad, sino *visiones* de la misma. De este modo, las audiencias sólo adquieren *pseudorealidades*, representaciones simplificadas de la realidad. Según Lippman y la teoría de la *agenda-setting*, los *media* inevitablemente distorsionan la realidad, aún cuando intenten ser objetivos y contar la verdad. Son muchos los factores que limitan la posibilidad de descripción objetiva de los hechos. El principal de ellos es que los media seleccionan las historias que creen tener interés para el público, determinando de este modo no sólo los temas sobre los que pensamos (dejando de lado otros temas que creen menos relevantes) sino también cómo lo debemos hacer. Este simple hecho supone una distorsión de la realidad. Por tanto, cuando las audiencias construyen e interpretan los mensajes de los *media*, la visión del mundo que se forman constituye un pseudoambiente en el que representación y realidad guardan una correspondencia limitada.

¹⁸ Se suele presentar la función socializadora y la función de transmisión de información de la comunicación como opuestas. Van Zoonen es un claro ejemplo de ello, cuando afirma que la función socializadora de la comunicación pone en evidencia que no es posible un modelo realista de la misma. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, la comunicación ejerce obviamente funciones diversas y todas ellas son explicables desde el realismo.

En el caso de la investigación científica empírica nos encontraríamos con una situación similar. Elegimos un ámbito de estudio y no otro por motivos pragmáticos. Pero de esto no se sigue que los resultados que obtenemos tengan que ser favorables a las tesis en las que mayor interés tenemos; es la realidad la que sirve finalmente de criba a través de la contrastación. En el caso de los medios de comunicación social, la contrastación es también la herramienta que permite desenmascarar falsedades. Sin embargo, la situación parece más complicada en el sentido que los medios nos cuentan historias que pueden estar integradas por afirmaciones exclusivamente ciertas y, aún así, dar una visión sesgada de la realidad. Parece, pues, necesaria la introducción de una noción paralela a la de verdad, que concierna la totalidad de la descripción de la realidad y que esté relativizada al contexto de intereses en el que se produce la misma, que de cuenta de situaciones como la citada en la frase anterior. Este es claramente un ámbito en el que nos hallamos con un largo camino teórico por recorrer, pero nada nos hace pensar que esto se tenga que producir bajo presupuestos idealistas.

Los presupuestos idealistas de la perspectiva crítica

Hemos considerado varias de las tesis principales de los autores de la perspectiva crítica. Hemos argumentado que estas tesis son incorrectas, y que tienen como origen los presupuestos idealistas propios de esta perspectiva. De hecho el idealismo se ha convertido en el paradigma dominante de buena parte del trabajo que se hace en ciencias sociales y humanas. Esto no quiere decir que no se trabaje desde otros puntos de vista. De hecho, estamos convencidos de que la epistemología naturalista (Quine, 1969) ofrece una mejor base para afrontar los fenómenos sociales y humanos. Nos gustaría terminar reflexionando sobre los orígenes de este predominio del idealismo.

Esta corriente filosófica se origina, como hemos visto, como consecuencia de una epistemología incorrecta: una epistemología que liga conocimiento a certeza. Según este punto de vista, además, un sujeto solo puede estar seguro de lo que se presenta ante su mente directamente, de forma no mediada. La mediación conlleva inevitablemente la falibilidad (como muchos argumentos escépticos han enfatizado) y la falibilidad, a su vez, la incertidumbre. Por tanto, solo la aprehensión directa del objeto habría de permitir su conocimiento. Pero nuestra mente no puede aprehender directamente objetos externos a la misma. Por tanto, si hay algo que se pueda conocer, ese algo no puede pertenecer a un supuesto mundo externo. Cualquier disciplina que pretenda lo contrario es un fraude (y, en particular, lo es la ciencia empírica).

¿Qué se puede conocer, entonces? En vez de revisar los principios de una epistemología que lleva a

consecuencias tan inverosímiles, los filósofos se han lanzado a la búsqueda de objetos de conocimiento aceptables desde este punto de vista cartesiano¹⁹ y, finalmente, han conseguido inventarlos. Hay un tipo de entidades, afirman, que se presentan a sí mismas directamente al sujeto, que son inmanentes al mismo, y que son el único candidato a ser objetos reales de conocimiento. Han recibido diferentes apelativos a lo largo de la historia de la epistemología moderna, desde el de *ideas* (en Locke), o el de *impresiones* (en Hume), al de *datos de los sentidos* (en los atomistas lógicos y los positivistas), o al de *quale*, más contemporáneamente. Pero el que ha tenido más proyección ha sido el de *fenómeno*.

Con su introducción, los filósofos han creído encontrar el santo grial epistemológico, y han creado una nueva área de estudio acerca de él. En cuanto al mundo externo, y dada la imposibilidad de conocerlo, ha desaparecido de gran parte del panorama filosófico por redundante. Es esta idea de redundancia del mundo real y de la inseparabilidad entre el sujeto y el objeto cognoscible la que está detrás de los discursos epistemológicos que fundamentan la perspectiva crítica.

Finalmente, nos gustaría mencionar, como antecesores directos de las propuestas críticas contemporáneas, en primer lugar, al grupo de autores conocidos bajo el nombre de *giro lingüístico alemán*, Hamann, Herder y Humboldt. Para ellos la realidad deja de ser el resultado de la acción de una razón pura kantiana común a todos los sujetos humanos. Más bien sucede que la razón nunca es pura, sino que está social, cultural y lingüísticamente contaminada. Cada cultura aportará su propia realidad, inconmensurable con el resto, y consecuentemente, su propia variedad de verdad. Por otro lado, naturalmente, tenemos la tutela nietzscheana, que añade a los presupuestos mencionados, la idea de que la construcción de la realidad viene motivada por razones de poder, lo cual ha permitido a la perspectiva crítica añadir un matiz moral a su oposición a las teorías realistas.

Coda

A falta de otras razones en su defensa, creemos que el abandono definitivo de posturas idealistas en el área de las ciencias sociales y humanas podría resultar extraordinariamente provechoso para las mismas. La posición realista es la de sentido común, y la que presupone el uso del lenguaje natural y la actividad científica empírica. Los propios idealistas se comportan cotidianamente como si fueran realistas, dejando sus proclamas filosóficas para el ámbito académico. El peso de la prueba está, por tanto, claramente de su lado. Pero los argumentos que los idealistas han producido en defensa de sus propuestas metafísicas

¹⁹ Pese a que esta forma de epistemología fue introducida oficialmente por Descartes (en realidad es muy anterior). Este autor produjo argumentos que pretendían hacer compatibles dicha epistemología y el conocimiento del mundo externo (*Meditaciones*). Parece claro que dichos argumentos no figuran entre los mejores de la producción cartesiana.

resultan difícilmente aceptables (recuérdese *la joya*). En estas circunstancias, el abandono de las distintas variedades de idealismo sólo puede favorecer el desarrollo de disciplinas injustificablemente dañadas por las consecuencias de un error filosófico.

Nos gustaría concluir haciendo referencia a la alternativa realista sobre estos temas del conocimiento, la representación y la comunicación. El realismo ha revivido simultáneamente con la pérdida de vigencia del positivismo durante la segunda mitad del siglo XX. Con el abandono de la epistemología clásica, la idea de la posibilidad de conocimiento del mundo externo, del que no necesitamos ya dudar, así como una concepción del lenguaje entendido como instrumento de expresión del pensamiento y de descripción de la realidad, han cobrado nueva vigencia. Se enfatiza que es razonable pensar que el lenguaje tiene diferentes funciones, y que es posible dar cuenta de la relevancia teórica de cada una de ellas, empezando con la cuestión de su origen referencial.

Los primeros autores dentro del paradigma realista, que ha proporcionado resultados espectaculares, son Hillary Putnam (1975) y Saul Kripke (1980), quienes inauguraron las llamadas *teorías de la referencia directa*. Más tarde encontramos propuestas que han intentado explicar las ideas de *significado* y *contenido* en clave naturalista, es decir, dando cuenta de ellas como fenómenos naturales. Entre ellos nos gustaría mencionar a Fred Dretske (1981, 1988), Jerry Fodor (1994) y Ruth Millikan (1984). Esperemos que su ejemplo se siga y que una perspectiva filosófica más razonable se convierta, finalmente, en la predominante.

Así pues, y para resumir, nos encontramos con una situación en la que los modelos teóricos en ciencias sociales y humanas se pueden agrupar en dos paradigmas distintos, que difieren básicamente en sus presupuestos filosóficos. El punto de vista de la comunicación como transmisión se basa en una concepción realista del conocimiento y de la estructura del mundo; en cambio, los modelos críticos con este se suelen basar en presupuestos idealistas o constructivistas asociados a una idea de la realidad como constructo conceptual o lingüístico. Esperamos haber contribuido, con este texto, al desenmascaramiento y denuncia de presuposiciones filosóficas tan faltas de apoyo racional como las idealistas.

Referencias

- Anderson, J. (1996). *Communication theory: Epistemological foundations*. Nueva York: Guilford
- Baran, S. y D. Davis (2006). *Mass communication theory: Foundations, ferment, and future*. Belmont, CA: Wadsworth
- Berger, C., y S. Chaffee (1989). *Handbook of communication science*. Sage: Newbury Park

Boghossian, P. (2006). *Fear of Knowledge*, Oxford

Carey, J. (1989). A cultural approach to communication. McQuail (ed.). *McQuail's Reader in Mass Communication Theory*. Sage Publications

Chillón, A. (1998). El «giro lingüístico» y su incidencia en el estudio de la comunicación periodística. *Anàlisi*, 22, 63-98

Craig, R. (1999). Communication theory as a field. *Communication Theory*, 9, 119-161

Dance, F. y C. Larson (1976). *The functions of communication: A theoretical approach*. New York: Holt, Rinehart, & Winston

DeFleur, M. y E. Dennis (1996). *Understanding mass communication* (7th ed.). Boston: Houghton Mifflin

DeFleur, M., P. Kearny, T. Plax, L. Melvin, y M.L. DeFleur (2005). *Fundamentals of Human Communication* (3th ed.). New York: McGraw-Hill

Descartes, R. (1977). *Meditaciones Filosóficas y Discurso del Método*. Porrúa

Donsbach, W (2006). The Identity of Communication Research. *Journal of Communication*, 56, 437-448

Dretske, F. (1981). *Knowledge and the Flow of Information*. Cambridge: MIT Press

Dretske, F. (1988). *Explaining Behaviour. Reasons in a World of Causes*. Cambridge: MIT Press

Eco, U. (1990). *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Barcelona: Editorial Lumen

Fodor, J. (1994). *The Elm and the Expert*. Cambridge: MIT Press

Fourez, G. (1998). *La construcción del conocimiento científico*. Madrid: Narcea

Griffin, E. (1994). *A First Look at Communication Theory*. New York: McGraw-Hill

Infante, D., A. Rancer, y D. Womack (2003). *Building communication theory* (4th ed.). Long Grove: Waveland Press

Kripke, S. (1980). *Naming and Necessity*. Cambridge: Harvard University Press

Latour, B. (1999). *La esperanza de Pandora*. Barcelona: Gedisa

Lippmann, W. (1992). *Public Opinion*. New York: Macmillan

Littlejohn, S., y R. Karen (2005). *Theories of Human Communication*. Belmont: Wadsworth

McQuail, D. (ed.) (2002). *McQuail's Reader in Mass Communication Theory*. London: Sage Publications

McQuail, D. (2000). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós

Miller, K. (2002). *Communication Theories: Perspectives, Processes, and Contexts*. Boston: McGraw-Hill

Millikan, R. (1984). *Language, thought and other biological categories*. Cambridge: MIT Press

Murphy, M. (1991). No more 'What is communication?'. *Communication Research*, 18, 825-833

Pavitt, Ch. (1999). The third way: scientific realism and communication theory. *Communication theory*, 9, 162-188

- Putnam, H. (1975). *Mind, Language and Reality*, Cambridge: Cambridge University Press
- Quine, W. V. (1969). *Ontological Relativity and Other Essays*. New York: Columbia University Press
- Quine, W. V. y J.S. Ullian (1970). *The Web of Belief*. New York: Random House, Inc.
- Radford, G. (2005). *On the Philosophy of Communication*. Wadsworth Publishing Company
- Rawls, J. (1971). *A Theory of Justice*. The Belknap Press
- Salmon, M. (1992). Philosophy of the Social Sciences. Salmon et al. (eds.). *Introduction to the Philosophy of Science*. Prentice Hall
- Sánchez, L. y M. Campos (2009). Content and Sense. *Empedocles: European Journal for the Philosophy of Communication*, 1 (1)
- Stove, D. (1993). *El culto a Platón*. Madrid: Ediciones Cátedra
- Sokal, A. y J. Bricmont (1999). *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós
- Van Zoonen, L., (1994). A 'new' paradigm?. McQuail (ed.). *McQuail's Reader in Mass Communication Theory*. Sage Publications
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica
- Wittgenstein, L. (1987). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza Editorial